



[1]



[2]

1. Natalie Portman, en la campaña publicitaria de Miss Dior Cherie (marzo, 2011). 2. La actriz, en un fotograma de *Your Highness* (marzo, 2011).

Natalie Portman: un dechado de virtudes

«Asqueada.» Así afirmaba encontrarse la actriz Natalie Portman, nacida en Hershlag (Jerusalén), en 1981, y emigrada a Estados Unidos a los tres años, al enterarse de los comentarios antisemitas que su, hasta entonces, admirado John Galliano profirió en estado de ebriedad aguda y de aguda soledad, y que le han valido el universal desprecio. Tan asqueada andaba la buena judía que se apresuró a rechazar los dos modelos del gibraltareño elegidos para la ceremonia de los Oscar. No se limitó a patearlos en casa, a desgarrarlos y dejarlos inservibles para su asistente, ¡qué vesania!, a quien esas aparatosas pataletas le traen al fresco; no, tenía que hacerlo público, añadir sal a la herida del naufrago, en una perfecta maniobra de autopromoción y oportunista exhibicionismo ético. Yo nunca utilizo la palabra *asco*, salvo cuando me sirven algo inco-mestible, y porque siempre prefiero encontrarle el lado cómico a la sufrida humanidad. ¡Pobre muñeca mecánica! Es un taponcete crecido, gracias a la banalidad tóxica de la profesión en la que se desenvuelve y a la atmósfera de perfección moral de su pueblo, ahora cruel acosador de otro, y antes perseguido y exterminado. A Natalie le falta grandeza, a pesar de su belleza extática y de ¿dominar? el japonés, el francés, el árabe, el hebreo y el alemán. La actriz me recuerda a uno de esos encendedores de mesa, un artículo que apesta a pequeña burguesía y que nunca resulta bello, porque jamás enciende. Sobre las judías hay un maligno refrán que dice: *Blandas en camisa y locas en misa*, es decir, frías y fanáticas. Natalie, que empezó siendo una niña picante en *León*, de Luc Besson, interpretando con apenas 13 años a una adorable huérfana amparada por un asesino, se ha convertido con el paso de

los años en una pesada completa, grotesca cuando intenta resultar voluptuosa, (ved *Closer*) y que, con una expresividad primaria digna de Bob Esponja, no resiste dos planos seguidos. ¿Qué ha podido ocurrirle para llegar a este punto de disolución? ¿Ha sido Harvard, en donde estudió Psicología? Lo cierto es que, apenas se graduó, declaraba al *New York Post*: «No me

importa si la Universidad arruina mi carrera de actriz». Curioso comentario, ¿y no habría que temer, justamente, lo contrario? Sigo. ¿Ha sido la Sinagoga? Tal vez; yo, como mi admirado humorista Bill Maher, creo que las religiones destruyen la vida de las personas. ¿Y la cirugía estética? Puede. ¿Será porque es vegana? En fin, a mí esta chica me parece



«¡Pobre muñeca mecánica! Es un taponcete crecido, gracias a la banalidad tóxica de la profesión en la que se desenvuelve y a la atmósfera de perfección moral de su pueblo.»



una cuentista de aúpa y, desde luego, si se puede afirmar que en un grupo humano de 10 personas inteligentes, nueve son judíos, ella no forma parte de la ecuación. X